

La malasangre y otras obras de teatro

Griselda Gambaro

Estudio: Alicia Stacco

loqueleo

[A título personal]

Por Griselda Gambaro

Hablar de teatro me impone forzosamente hablar de mí misma, no tanto por soberbia, o quizás sí, un poco, sino porque en términos exactos no soy una estudiosa del teatro sino una dramaturga cuya relación con él tiene que ver fundamentalmente con mis propias obras, con el camino que esas obras recorrieron dentro y fuera del escenario.

Mi camino hacia la literatura teatral empezó insólitamente por la narrativa. Y digo que empezó por la narrativa porque en ese género —leyendo y escribiendo narrativa— aprendí el valor de la buena escritura; sólo tuve que saber después que en el teatro debía tener un plus que era el de sostener la acción dramática, el de ser ella misma acción dramática. Para quienes escribimos dramaturgia, la estructura verbal posee la misma densidad que la estructura dramática, guarda con ésta una relación recíproca e ineludible.

Hasta hoy, de modo continuo, alterno la narrativa con la dramaturgia. Una o dos obras teatrales me imponen un paréntesis en el que escribo narrativa —novelas o cuentos— y me olvido casi totalmente del teatro. En esos momentos, ante los otros, sólo *simulo* ser una escritora de

teatro. Naturalmente, cuando escribo teatro, la narrativa queda silenciosa, aunque en acecho. Nunca sé por qué una situación, una imagen se me presenta para ser desarrollada con la exigencia del espacio, de la corporeidad, de la voz, del tiempo acotado de la representación teatral, o me pide la escritura más lenta, más introspectiva diría, de la narrativa.

Yo agradezco poder saltar de un género a otro, de una forma a otra. Las dos me han dado ocasión para gratitudes diferentes, no sólo porque ambas me han permitido ejercer prácticas creativas que me resultaban necesarias, sino también porque así he podido acceder a dos espacios públicos: el del lector, el del espectador. Bien sabemos que el espectador es también un posible lector, pero será siempre un lector particular. Ni aun leyendo a Shakespeare podrá entregarse solo a su magia verbal, a la inagotable sucesión de metáforas y analogías de su lenguaje. Si quiere leer bien deberá estar disponible, por lo menos, a una de las infinitas puestas en escena que propone el texto.

Los dos espacios públicos a los que he accedido devuelven la misma respuesta, aunque sea diferente su manifestación: la de los espectadores, exteriorizada en el aplauso, inmediata y presente; y la del lector de una obra narrativa, dilatada en el tiempo y distante por la lectura solitaria. Sin embargo, al término, ambos devolverán la misma respuesta no obstante de las diferencias de recepción: ese lector aislado, si la obra es perdurable, se multiplicará en una presencia más silenciosa que la del público de teatro, pero igualmente colectiva.

Por otra parte, si la literatura me enseñó inicialmente el valor de la buena escritura, la literatura dramática me

enseñó a escribir para el teatro cuando me descubrió la manera, la técnica, los matices, la palabra de la especificidad teatral.

Diría que mi método de trabajo se apoya en la *observación*, no parte del contacto con actores o directores, de ver teatro asiduamente —de hecho lo frecuenté poco en mis primeros años de juventud—, o de aprender en el escenario mismo. Pero bien está dicho que cada autor busca la preceptiva que le conviene y que las formas de acercarse a un arte, a la dramaturgia en este caso, son infinitas si están amparadas por el deseo de morder su médula.

En ese trabajo en soledad, en esa creación a través de la página escrita, yo soy la autora y también los personajes, el escenario, la escenografía, incluso la música y las alternativas del clima con lluvia o en bonanza. Soy todo esto y al mismo tiempo organizo escrupulosamente mi propia puesta en escena. Soy la primera realizadora de mis obras. Pero una realizadora cuya puesta en escena sólo ella ve, desdoblada en una espectadora ideal; en la omnipotencia que le brinda escribir un texto puede creer que produce un fenómeno teatral, pero una vez escrito se da cuenta de que sólo tiene un texto, sólo hipotéticamente le pertenece una parte del fenómeno, que exige para su concreción el trasvasamiento a una forma corpórea. Y esto es aplicable a cualquier texto dramático, que no es, como censuraba Tadeusz Kantor, "algo listo y cumplido", sino flexible e inacabado, por más perfecta que sea su expresión literaria.

Como dije ya, lo que me acercó al teatro fue la gran literatura dramática, esos autores que leí cuando ignoraba mis propias expectativas: Shakespeare, Lope de Vega, Chejov, Pirandello, O'Neill y, por supuesto, los argentinos

como Armando Discépolo y otros que fueron audaces en la Argentina para su época, como Defilippis Novoa en alguna de sus piezas, y Roberto Arlt.

Esa literatura, cuya diferencia con otras formas literarias, como la novela o la poesía, es obviamente su necesidad de la escena, me llevó al teatro. Y lo que me salvó, creo, de ser discursiva o farragosa contando con una preparación tan literaria, es que al escribir mis piezas siempre he tenido presente, de modo instintivo y cognoscitivo a la vez, esa necesidad propia de la escritura teatral.

* Fragmento de la conferencia cuyo título propuesto por la Universidad de Cuenca fue “Mis aportes al teatro”. Universidad de Cuenca, Madrid, 1998. Publicado en Gambaro, Griselda, *El teatro vulnerable*, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones, Buenos Aires, 2014.

La malasangre

Escena I

Un salón hacia 1840, las paredes tapizadas de rojo granate. La vestimenta de los personajes varía también en distintas tonalidades de rojo. Una gran mesa de roble lustrado, enteramente vacía, un sofá, tres sillas de alto respaldo y un pesado mueble, aparador o cómoda, con candelabros. Un piano en un extremo. Dos puertas laterales y a foro una ventana con cortinas.

El PADRE, que viste de rojo muy oscuro, casi negro, está de pie, de espaldas, enteramente inmóvil, y mira hacia abajo a través de los vidrios de la ventana.

Después de un momento, entra la MADRE. Trae una bandeja con un botellón de cristal y dos copas.

MADRE. — Acá está el vino. (Con una sonrisa tímida) Te lo quise traer yo.

PADRE. — Te lo agradezco. (Una pausa. Secamente) ¿Por qué dos copas? ¿Quién bebe conmigo?

MADRE. — Pensé...

PADRE. — Mejor que no pienses. (La MADRE deja la bandeja sobre la mesa. El PADRE vuelve a mirar por la ventana, el rostro ácido y malhumorado) Ninguno

me gusta. Ninguno me gusta de todos esos. No hay uno que valga nada. Creen que van a venir acá y que soy ciego y tonto.

MADRE. — (*se acerca y mira con él*) El tercero...

PADRE. — (*fríamente*) El tercero, ¿qué?

MADRE. — Parece agradable.

PADRE. — (*oscuro*) Sí.

MADRE. — (*pierde seguridad*) Va a estar en la casa.

PADRE. — Sí. ¿Y con eso?

MADRE. — (*tímidamente*) Es mejor que sea agradable, ¿no?

PADRE. — Sí. Y también parece inteligente, (*la remeda*) ¿no?

MADRE. — (*insegura*) No sé.

PADRE. — ¿Y qué otras condiciones tiene? (*Le toca un seno groseramente*) Mi mujercita sagaz.

MADRE. — (*se aparta*) Benigno, por favor.

PADRE. — (*la rodea con un brazo, la hace mirar por la ventana. Con dulzura*) Miremos juntos. Dos ven más que uno. ¿Qué más ves?

MADRE. — Tiene aspecto... (*Se interrumpe*)

PADRE. — Sí.

MADRE. — Es muy atildado.

PADRE. — Querés decir buen mozo.

MADRE. — No. Que está bien vestido. Con guantes... rojos.

PADRE. — ¡Qué vista penetrante! ¿Y qué más ves? Estuve atinado en pedirte que miráramos juntos.

MADRE. — (*insegura*) Y... y no veo más.

PADRE. — Sí. Ves más. ¡Te gusta la cara! (*La empuja brutalmente*) ¡Fuera!

MADRE. — ¿Pero por qué?

PADRE. — ¡Solo mi cara tenés que mirar, puta!

MADRE. — Te miro, ¡y no me insultes!

PADRE. — *(como si hubiera oído mal, se toca la oreja. Mira a su alrededor, divertido)* ¿Qué? Yo dicto la ley. Y los halagos. Y los insultos. Dije lo que dije, y lo puedo repetir. *(Muy bajo)* Puta.

MADRE. — Te pedí que no me insultes.

PADRE. — ¿Por qué?

MADRE. — Por respeto.

PADRE. — *(como siguiéndole el juego, alarmado)* ¡Y pueden oír!

MADRE. — Sí.

PADRE. — No. Lo dije muy bajo. ¡Y lo puedo gritar alto! Nadie oye lo que yo no quiero. Oyen, pero no entienden. ¡Fuera, fuera de aquí!

MADRE. — *(se aleja hacia la puerta, se vuelve. Suavemente)* Te odio.

PADRE. — *(se dirige hacia ella)* ¿Qué?

MADRE. — No quise decirlo.

PADRE. — ¿Qué? *(Le toma el brazo, como si quisiera hacerle una caricia. Pero después de un momento se lo tuerce)* ¿Qué? Yo tampoco entiendo lo que no me gusta oír. *(Le tuerce más el brazo)* ¿Qué?

MADRE. — *(aguanta el dolor, luego)* Te amo.

PADRE. — *(dulcemente)* ¡Después de tanto tiempo! Otra vez...

MADRE. — *(guarda silencio un momento, luego, como el PADRE acentúa la presión)* Te... amo.

PADRE. — *(la suelta, la besa en la mejilla. Con naturalidad)* Gracias, querida. Ahora dejame. Hace frío en el patio. Deben de estar congelados. No quiero que esperen más. *(La MADRE sale. El PADRE toca el cordón*

del timbre. Mira por la ventana. Se asoma FERMÍN. Es alto y robusto, se advierte que entre el PADRE y él hay una especie de complicidad, de acuerdo tácito en sus respectivos roles)

FERMÍN. — ¿Señor?

PADRE. — (*mira por la ventana*) El tercero que se vaya. Hace frío.

FERMÍN. — Sí, señor.

PADRE. — ¡Fermín! Si tarda, podés empujarlo.

FERMÍN. — (*como siguiendo un juego*) ¿Cómo sé que tarda? ¿Debe correr? (*El PADRE se encoge puerilmente de hombros. FERMÍN, con una sonrisa*) Lo haré, señor. (*Sale*)

PADRE. — (*mira por la ventana*) Tomaste frío tontamente. Se va a mirar en el espejo y desconfiará de su cara o de sus uñas roñosas bajo los guantes. (*Se vuelve. Infantil*) ¿Qué hice, qué hice? ¿Por qué me echan? Yo estaba ahí en la fila, ¡buenito! ¡Y me compré guantes rojos! (*Mira*) ¡No con tanta brusquedad, Fermín! ¡Qué bruto es! (*Ríe espasmódicamente, se atora. Ácido*) Ninguno me sirve de todos esos. El primero demasiado orgulloso, el segundo demasiado alto, el tercero no está, el cuarto... Y ese que sale de la fila, ¿cómo se atreve? ¿Es que “yo” dije que podían saltar como canguros para entrar en calor? (*Mira algo que lo sorprende, se vuelve*) ¡Oh! ¡Oh, oh, Dios mío! (*Ríe espasmódicamente, con alegría. Sacude el cordón del timbre*) Dios mío, te agradezco: Te agradezco la consideración a mis deseos, yo pecador. (*Canturrea*) La madre se me calienta, la hija se me enamora... (*Se asoma FERMÍN*) El que da vueltas... El que menos luce...

FERMÍN. — ¿Lo echo a patadas?

PADRE. — ¡No! Traelo aquí.

FERMÍN. — ¿Los otros?

PADRE. — Que esperen. El frío es sano. Baja los humos. (*FERMÍN sale. El PADRE se sirve vino y bebe. Contento*) Veremos si con este ocurre lo mismo. (*Ríe espasmódicamente. Canturrea*) La madre se me ca-lienta, la hija se me enamora...

FERMÍN abre la puerta a RAFAEL, quien entra y se inclina. Viste un traje de tela liviana, está amoratado de frío. Tiene rostro muy hermoso, sereno y manso. Su espalda está deformada por una joroba y camina levemente inclinado.

PADRE. — (*con una sonrisa cordial*) Adelante. (*Avanza hacia RAFAEL. No le da la mano. Lo rodea y le mira la espalda. Ríe con su risa espasmódica*) Sí... Es contrahecho...

RAFAEL. — Señor...

PADRE. — Estará bien con nosotros. Como ve, tengo buen carácter. (*RAFAEL sorbe*) Hacía frío afuera, ¿no? Me levanté tarde, la cama estaba caliente. Por eso esperaron tanto. Pero acá no. No hace frío. ¿O sí?

RAFAEL. — No... No, señor, no hace frío.

PADRE. — (*tímido*) Quiero pedirle... (*Se interrumpe*)

RAFAEL. — ¿Qué?

PADRE. — No lo tome a mal. Soy brusco, nadie me quiere, pero no se puede pedir a la gente que lo quiera a uno. Si no hay un interés... Usted tiene un interés.

RAFAEL. — Sí, señor.

PADRE. — Entonces... no digo amor, pero comprenderá.

RAFAEL. — (*no entiende*) Sí, señor.

PADRE. — *(en un arranque)* ¡Bueno, se lo pido! *(Se queda en silencio, inmóvil. Luego camina nervioso. Se detiene, mira a RAFAEL como si esperara algo)*

RAFAEL. — A sus órdenes.

PADRE. — ¡Es lo que quería oír! ¡Después no se queje! *(Ríe, nervioso y espasmódico. Una pausa. Luego, tierno y casi lascivo)* Desnúdese.

RAFAEL. — ¿Qué?

PADRE. — ¡Dijo que sí, dijo que sí!

RAFAEL. — *(retrocede)* No...

PADRE. — Vamos... Entre hombres. Mi mujer quería quedarse, pero la eché.

RAFAEL. — ¿Por qué?

PADRE. — ¿Por qué la eché?

RAFAEL. — No. Por qué usted quiere...

PADRE. — ¡Nunca vi! *(Ríe, se atora)*

RAFAEL. — *(humillado)* No soy una curiosidad.

PADRE. — Yo tampoco. Y me desnudo. ¡Solo cuando me baño! *(Tierno y confidencial)* A oscuras. Lo otro a oscuras. Con un agujero en el camisón. *(Ríe, se tapa la boca, con vergüenza)*

RAFAEL. — No puedo. *(Saluda inclinándose y se aleja hacia la puerta)*

PADRE. — ¡Señor! *(RAFAEL se vuelve)* ¿Vio cuántos esperan en el patio?

RAFAEL. — Sí.

PADRE. — Una larga fila. Muertos de frío. Saben que mi casa es rica, que mi trato es bueno. Y yo los miré, hace rato que los miro, y cuando apareció usted dije: ese. Ese.

RAFAEL. — ¿Por qué?

PADRE. — (*remeda*) ¿Por qué, por qué? Por su linda cara.
(*Se acerca y le da vueltas alrededor*) Y es limpio.
(*Le pasa el pulgar por la mejilla*) Afeitado. (*Señala la joroba*) ¡Pero esto! ¿Me deja... tocarla? Da suerte.
(*Ríe*) ¡Hombre afortunado!

RAFAEL. — (*pálido de humillación*) Soy un buen profesor.

PADRE. — (*suavemente*) Lo veremos. (*Ansioso*) ¿Me permite?

RAFAEL. — No.

PADRE. — (*se acerca a la ventana, aparta la cortina y mira*) Llueve. Y no se van. Ni se guarecen bajo el alero. Disciplinados y en fila. Saben hacer buena letra. Saben que todo camino empieza con la buena letra.
(*Se vuelve hacia RAFAEL*) Pero yo ya elegí. A usted.

RAFAEL. — Soy un buen profesor.

PADRE. — (*blandamente*) Eso cuenta también. Desnúdese.
(*Ríe*) Hasta la cintura. Más no. (*Le toca la ropa*) Limpia, pero raída. Liviana. Afeitado, pero macilento. Eso se llama hambre. Y no todos, en esta ciudad (*ríe*), quieren tener a un contrahecho en casa. Pero yo sí. Y no será un criado. Tendrá cuarto aparte. Se sentará a la mesa con nosotros. Y comerá. Nos trataremos de igual a igual.

RAFAEL. — Gracias.

PADRE. — Váyase, si quiere.

Un silencio. Se oye la lluvia.

RAFAEL. — No quiero irme.

PADRE. — ¡Trato hecho! Ordenaré que se vayan los otros.
Carece de sentido hacerlos esperar. (*Sacude el cordón del timbre*) Llueve mucho y el puesto está tomado.

FERMÍN. — (*en la puerta*) ¿Señor?

PADRE. — El puesto está tomado.

FERMÍN. — Me alegro, señor. (*Una pausa*) ¿Me necesita?

PADRE. — ¿Yo?

FERMÍN. — Usted llamó, señor.

PADRE. — ¿Que yo llamé? No me acuerdo qué quería.
¿Qué quería?

FERMÍN. — Ya entramos las jaulas con los pájaros.

PADRE. — ¡Ah! ¡Eso! ¡Llueve tanto!

FERMÍN. — Usted sabe que a los pájaros los cuido. No debiera preocuparse, señor.

PADRE. — Gracias, Fermín. (*FERMÍN se retira. PADRE sonríe a RAFAEL*) Debiera preguntarle qué materias enseña.

RAFAEL. — Francés y latín, señor. Botánica, matemáticas.

PADRE. — ¿Matemáticas también? ¡Soberbio! A mí me enseñará matemáticas, las niñas solo necesitan saber que dos más dos son cuatro. (*Vagamente lascivo*) ¿Y... y lo que le pedí...? (*Bajo*) Desnúdese.

RAFAEL. — ¿Para qué?

PADRE. — (*bromista*) Para saber si no miente.

RAFAEL. — No miento. (*Con una sonrisa crispada*) Tengo joroba desde la infancia. Mi padre quizás fue jorobado también... Nadie pudo decirme cómo la conseguí. Si usted quiere, puede tocarla.

PADRE. — (*seco*) No a través de la ropa.

RAFAEL. — No... puedo.

PADRE. — (*dulce y ansioso*) Quiero verla. Por favor.

RAFAEL lo mira fijamente. Después, con lentitud, se deshace el nudo de la corbata, se quita la chaqueta, la camisa.

PADRE. — (*se acerca y observa con curiosidad, como a un animal extraño*) Nunca había visto. ¿Es un hueso?

RAFAEL. — (*con mortificación*) Hueso y carne.

PADRE. — Es muy lisa.

RAFAEL. — Sí, muy lisa.

PADRE. — (*tiende la mano con asco, toca apenas*) Es la primera vez que veo, que toco. Me da asco. Fuerte, compacta. ¿No le pesa? Pobrecito, debe pesarle. Como cargar una bolsa con piedras. Siempre. Cuando duerme y come y camina. Y... hace el amor.

RAFAEL. — No.

PADRE. — (*ansioso*) ¿No hace el amor?

RAFAEL. — No me pesa.

PADRE. — Los genes se acoplaron mal. (*Se tienta. Ríe espasmódicamente*) ¡Qué capricho! (*Se despereza, enderezando su espalda*) Cúbrase. ¡A ver si se le resfría! (*Ríe*) Brindemos. Lo acepto. (*Sacude el cordón del timbre. Sirve dos copas. Tiende una a RAFAEL, quien se está vistiendo torpemente. Espera con la copa tendida. Risueño*) Ligero... Al amo no se lo hace esperar. (*RAFAEL toma la copa, nervioso, intenta beber, se la tira encima. El PADRE lo observa, ríe*) Casi perfecto. (*Canturrea*) La madre se me calienta, la hija se me enamora... (*Un poco antes ha entrado FERMÍN, respondiendo al llamado. Con curiosidad burlona ha observado los gestos torpes de RAFAEL.*)

FERMÍN. — La corbata, señor, ¿se la anudo?

RAFAEL. — No, gracias.

PADRE. — (*a FERMÍN*) Que vengan las damas. Está el profesor. (*Sale FERMÍN*) Usted jamás hubiera pensado tener tanta suerte... Ni le pido referencias. Suerte, ¿eh? ¿Y por qué?

RAFAEL. — No sé, señor. Se lo agradezco.

PADRE. — ¡Su joroba! ¡Muchacho, le da suerte! (*Ríe*)

RAFAEL. — Sí, señor.

PADRE. — (*se asoma a la ventana*) Llueve. Dicen que en estos tiempos nadie es capaz de obstinarse en nada. (*Ríe*) ¡Pero esos de ahí abajo! ¡Qué buena madera! La necesidad es la mejor obstinación... Esperan y no se convencen... ¡de que ya están sonados!

Entran DOLORES y la MADRE. DOLORES es una hermosa muchacha de veinte años, de gestos vivos y apasionados, y una especie de fragilidad que vence a fuerza de orgullo, de soberbio desdén.

PADRE. — Mi mujer, mi hija Dolores. (*A RAFAEL*) ¿Cuál es su nombre?

RAFAEL. — Rafael Sánchez.

PADRE. — Rafael, digamos. (*A DOLORES*) Te enseñará latín y francés. Botánica. ¿Sabés lo que es botánica?

DOLORES. — Sí.

PADRE. — Cómo son las hojitas y los árboles y los pajaritos en los árboles. (*Alusivo*) ¿Te lo enseñaba el otro? (*DOLORES le vuelve la espalda*) Y dibujo. (*A RAFAEL*) ¿Dibujo sabe?

RAFAEL. — Sí, señor.

PADRE. — ¡Una alhaja! Dolores, podés darle la bienvenida. (*A RAFAEL*) Estaba muy encariñada con su viejo profesor. Bueno, no tan viejo, ¿no?

DOLORES. — (*lo mira desafiante*) No.

MADRE. — (*tímidamente*) No estuvo mucho tiem...

PADRE. — (*la hace callar con una mirada*) Ese es el peligro. Si son viejos son ñoños, y si son jóvenes son aprovechados. Pero algunos ya entran con el pie